

Llegó el descanso... o no...

Las fiestas navideñas convierten cualquier reunión en un banquete medieval

LA RAMPA
TITO CONESA



Diciembre no es un mes del año, es una trampa perfectamente diseñada. Un carrusel de fiestas encadenadas que empieza con buenas intenciones y termina con el cuerpo pidiendo auxilio y la mente negociando con enero como si fuera una fecha realista. Todo arranca con la Navidad, esa celebración entrañable que tiene esa capacidad mágica de convertir cualquier reunión en un banquete medieval. Da igual cuántos seáis: siempre hay comida. Se come porque toca, porque está ahí, porque es tradición y porque decir «no, gracias» es sospechoso. Además, uno no puede decepcionar a la mamá, la abuela o la tía, que llevan tres días cocinando como si se acercara el apocalipsis.

Justo cuando el cuerpo empieza a adaptarse a su nueva realidad —una mezcla de turrón, polvorón y sofá— aparece Nochevieja. La noche del año en la que todo es simbólico, exagerado y ligeramente absurdo. Nos vestimos como si fuéramos a una gala internacional, aunque el evento sea en el salón de casa, y brindamos por propósitos que sabemos efímeros. Es la noche de las

promesas recicladas, del optimismo sin base científica y de las uvas, ese desafío anual a la coordinación motora.

Y entonces, cuando creemos que ya está, que el calendario nos dará un respiro, llegan los Reyes Magos. Porque diciembre no se va sin dar la última estocada. Los Reyes son la prórroga de las fiestas, el recordatorio de que aún queda roscón, regalos y una capacidad sorprendente para seguir comiendo dulce sin cuestionarse nada. A estas alturas, la báscula es un objeto decorativo que miramos con respeto y distancia.

Vivimos en una especie de limbo festivo donde el pijama se convierte en atuendo oficial, el sofá en residencia habitual y la frase más repetida del mes adquiere categoría de mantra: «En enero empiezo». Enero, claro. Enero es la excusa perfecta para sobrevivir a diciembre sin remordimientos. Con la cabalgata de Reyes, por fin, se acabó. ¿Se acabó?

En el barrio donde vivo, San Antón, no se terminó del todo. Siguen, seguimos. Caballitos, música, panecillos, cascaruja, procesiones, pasacalles, que no decaiga. Palmas, ¡ele! y ¡olé! que, hasta San Antón, Pascuas son.

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Nada de jurado



Fuera del universo Trump, aunque no del universo Delcy, seguimos teniendo en el tablero a Ábalos y a Koldo. En lo que no tiene que ver con la presidenta encargada, Ábalos y Koldo habían pedido ser juzgados por un tribunal popular en la causa de las supuestas comisiones en contratos públicos por la compra de mascarillas. El magistrado instructor, Leopoldo Puente, les ha dicho que la causa debe seguir el cauce de la ley. Que los hechos vienen de una investiga-

ción que, por su naturaleza, correspondería a la Audiencia Nacional y ese órgano no tiene el jurado popular entre sus diversiones. Y si el caso se tramita en el Supremo por ser aforado Ábalos, las reglas no cambian. La querencia de Ábalos por un jurado popular resulta bastante lógica. En general, la institución del jurado me parece despreciable, pero si yo fuera culpable de un delito querría que me juzgara gente. Si fuera inocente, desde luego que un juez o un tribunal profesional.

Gestionarse a uno mismo: la clave para todo profesional

La capacidad de autogestión determina no solo el éxito personal, sino también la credibilidad y la eficacia para guiar equipos en entornos complejos

JAVIER CELDRÁN
LORENTE

Director de PwC
en la Región de Murcia



Hace unos días, en una inspiradora jornada con el experto en 'management' humanista Xavier Marcet, organizada por ADP junto a PwC, volví a conectar con una idea que, aunque nació hace más de dos décadas, sigue siendo revolucionaria: la necesidad de aprender a gestionarnos a nosotros mismos. Marcet citó el artículo de Peter F. Drucker publicado en Harvard Business Review en 1999, 'Managing Oneself'. Y me recordó por qué este texto es una brújula imprescindible para cualquier profesional, especialmente para quienes lideran organizaciones y personas en tiempos de incertidumbre.

Drucker advertía que las empresas ya no gestionan las carreras de sus empleados; cada individuo debe asumir la responsabilidad de dirigir su propio desarrollo. En otras palabras, debemos convertirnos en el 'CEO' de nuestra vida profesional. Para los líderes y directivos empresariales, esta reflexión no es opcional, es estratégica. La capacidad de autogestión determina no solo el éxito personal, sino también la credibilidad y la eficacia para guiar equipos en entornos complejos. Porque será difícil liderar a otros si no se tiene claridad sobre las propias fortalezas, valores y forma de trabajar.

La reflexión plantea cinco preguntas que son auténticas coordenadas profesionales: ¿cuáles son mis fortalezas? ¿Cómo trabajo? ¿Cuáles son mis valores? ¿Dónde encajo? ¿Qué puedo aportar? La primera nos invita a identificar lo que hacemos bien y potenciarlo, en lugar de perder tiempo corrigiendo debilidades. La segunda recuerda que cada uno tiene su propio estilo: algunos aprenden haciendo, otros escribiendo o conversando; unos rinden bajo presión, otros en entornos estables. No se trata de cambiar nuestra naturaleza, sino de adaptarla para rendir mejor. La tercera, sobre los valores, apela a la coherencia: si chocan con los de la organización, habrá frustración. Nos propone aplicar el test del espejo: ¿a qué persona quiero ver cada mañana en el espejo? Para un directivo, esta pregunta es crítica, porque liderar exige integridad. La cuarta cuestión nos lleva a elegir dónde podemos aportar más, no buscando comodidad, sino impacto. Y la quinta, quizá la más desafiante, nos obliga a anticipar: ¿qué necesita la situación?, ¿cómo puedo contribuir al máximo?, ¿qué resultados marcarán la diferencia en los próximos meses?

Estas reflexiones son críticas para líderes, directivos y profesionales, porque la autoridad formal ya no garantiza influencia. En un mundo donde el talento busca propósito y autonomía, los equipos siguen a líderes auténticos, capaces de inspirar con su ejemplo. Y la autenticidad nace del autoconocimiento.

Además, la actual longevidad profesional, con carreras de 40 o 50 años, plantea un desafío adi-

cional: nuestra propia reinención profesional. Es necesario planificar la 'segunda mitad de la vida': desarrollar una segunda carrera, una actividad paralela o un proyecto social. Para un directivo, esto no solo es una válvula de escape frente al desgaste, sino una oportunidad para ampliar impacto y legado. Cuando los líderes practican la autogestión, generan culturas más sanas y productivas. Comprender las propias fortalezas y limitaciones facilita delegar, reconocer el talento ajeno y construir equipos diversos. Asumir responsabilidad sobre las relaciones reduce conflictos y mejora la comunicación. Porque las organizaciones ya no se basan en la fuerza, sino en la confianza. Y la confianza se construye desde la transparencia y el respeto mutuo.

Gestionarse a uno mismo no es un ejercicio teórico; es una disciplina diaria. Para quienes tienen la responsabilidad de liderar, implica reservar tiempo para la reflexión estratégica personal, buscar retroalimentación honesta y actuar en consecuencia.

En un entorno donde la inteligencia artificial, la globalización y la sostenibilidad redefinen las reglas del juego, la capacidad de autogestión será la diferencia entre liderar el cambio o quedar relegado. Este reto puede parecer obvio, incluso ingenuo, pero exige algo inédito: que cada profesional piense y actúe como un director general. Para quienes quieren desarrollar una carrera profesional exitosa y quienes ocupan posiciones de liderazgo, no hay alternativa. El futuro pertenece a los que saben gestionarse a sí mismos.

CARTAS AL DIRECTOR

Los crímenes de todos los siglos

Hay situaciones que se agravan mediante el asesinato o la destrucción masiva. Una reflexión que guarda relación con la necesidad de cambiar la disposición de las conciencias y evitar «el puñal» se le atribuye a Bertolt Brecht. En estas estaba mi mente cuando recordé los atentados del 11-S de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono (sede del departamento de Defensa de los Estados

Unidos), los perpetrados en los trenes de Atocha, en Madrid, el 11 de marzo de 2004 y el genocidio judío contra los gaza-tíes de los últimos años. Son ejemplos de la vileza de la raza humana, cuya conciencia moral hay que resucitar.

En los tres casos está presente el aspecto religioso: Al Qaeda (islam) contra el Imperio de los Estados Unidos de América (cristianismo que se lee en los juzgados: 'In God we trust') y el judaísmo contra el mundo árabe.

A mi juicio, no son solo crí-

menes del siglo XXI; son crímenes de todos los siglos; todos los siglos incluyen crímenes de lesa humanidad, todos los siglos son criminales o todos los siglos son escenarios del mal. ¿Cómo reaccionamos ante este?

Cada cual tiene su respuesta: mediante la venganza o implementando las palabras de Jesucristo («Ama a tus enemigos»). ¿Es posible esto?

Quien profesa una religión ha de actuar en coherencia con sus principios: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su